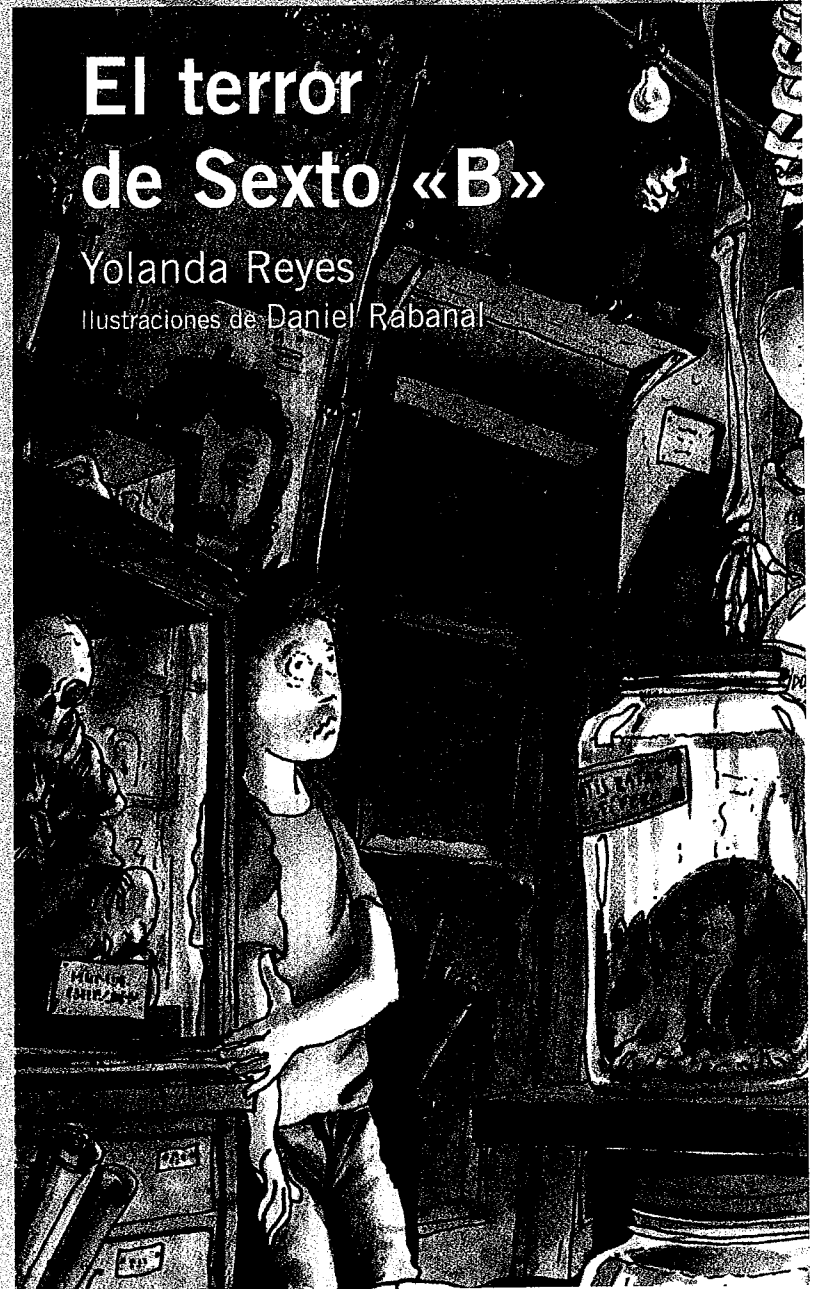


ALFAGUARA INFANTIL

# El terror de Sexto «B»

Yolanda Reyes

Ilustraciones de Daniel Rabanal





# Índice

Circular para los lectores de estas historias .....	11
Frida .....	13
El día en que no hubo clase.....	19
Un árbol terminantemente prohibido .....	25
El terror de Sexto «B».....	31
Martes a la quinta hora o la clase de gimnasia .....	45
Saber perder .....	53
Un amor demasiado grande .....	61

*A Hernando y Beatriz  
A Luis, Isabel y Emilio,  
en orden de estatura  
y con un amor demasiado grande.*

## ■ Circular para los lectores ■ de estas historias

Los papás siempre dicen: «Cuando yo tenía tu edad, era el mejor de la clase». Dicen también que el colegio es la época más divertida de la vida, la más feliz y descomplicada... Dicen y dicen mil maravillas por el estilo.

Claro que los papás llevan muchos años fuera del colegio y son gente de pésima memoria. Ya no se acuerdan del inspector ni de las malas notas. Es más, yo creo que sólo se acuerdan de las vacaciones.

Estas historias del colegio no son así. Sucedieron hace muy poco tiempo, en lugares muy cercanos, y me las contaron alumnos que tienen la memoria nuevecita, porque poco la han gastado en aprenderse los accidentes geográficos o los ríos más largos del mundo.

Si por casualidad encuentran a un compañero con un nombre parecido en su colegio, piensen que es una simple coincidencia y no se lo digan a nadie, para evitar problemas. Ya es suficiente con los que tiene que

resolver un alumno durante cinco días a la semana, durante cuatro semanas al mes, durante diez meses al año, durante doce o más años de colegio. Si son buenos para multiplicar, hagan la cuenta del tiempo que eso significa:

(5 días  $\times$  4 semanas  $\times$  10 meses  $\times$  12 años. R=.....)

Pero si les da pereza, envíenle el problema al profesor de matemáticas. Seguro disfrutará resolviéndolo con cálculos mentales o incluyéndolo en su próximo examen escrito.

Y a propósito de los profesores, no crean que siempre se divierten. Se sorprenderían si supieran todo lo que ellos mismos me han confesado. Sé, por ejemplo, de una profesora de música que se moría del susto con los monstruos de Cuarto «C». Las manos le sudaban, las rodillas le temblaban y se le borraba la voz, hasta que la mamá tuvo que ir a hablar con la directora, porque le iban a traumatizar a su hija.

También me sé historias muy románticas que han sucedido entre las cuatro paredes del colegio. Todas son reales. Como me las contaron, las cuento.

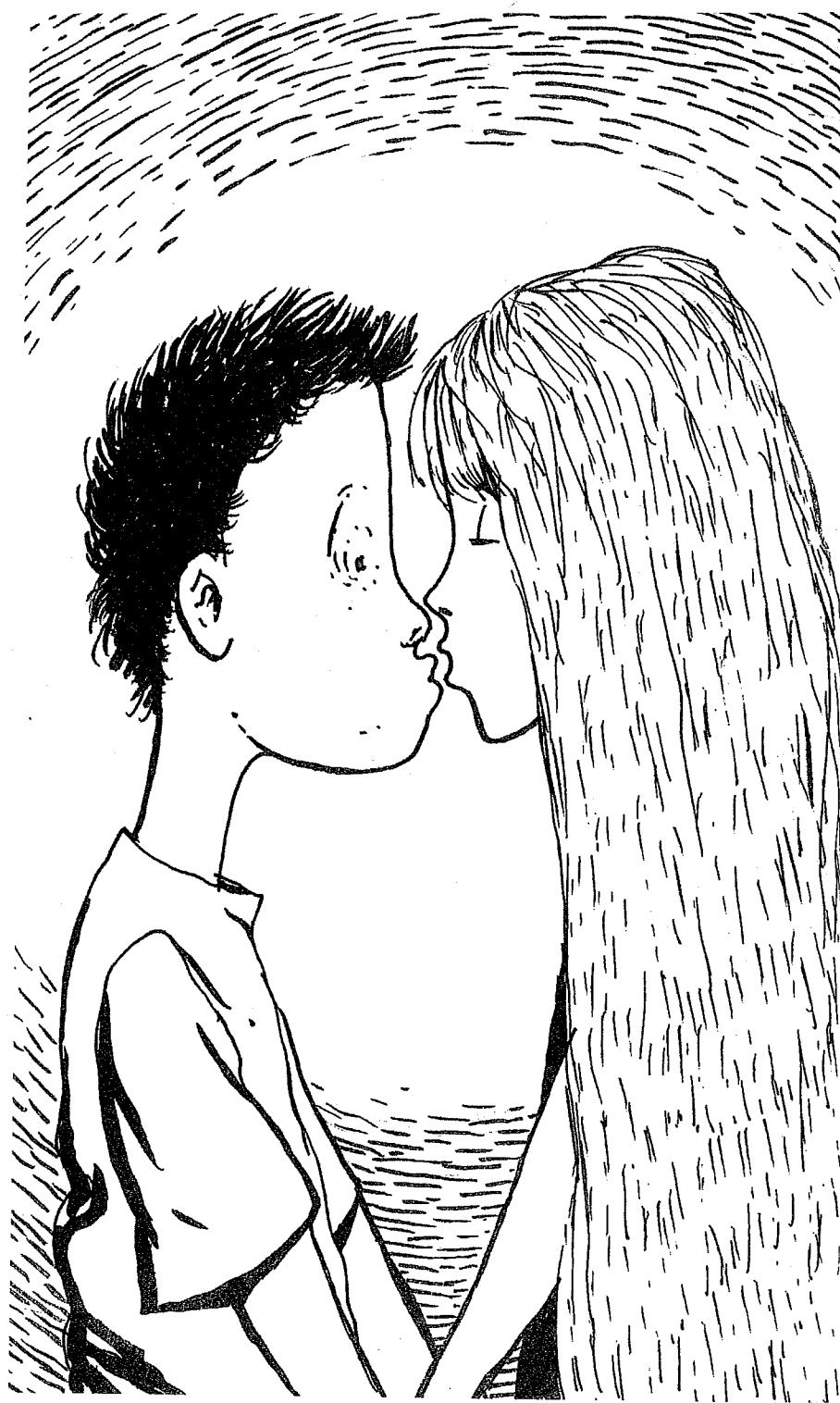
## Frida

De regreso al estudio. Otra vez, primer día de colegio. Faltan tres meses, veinte días y cinco horas para las próximas vacaciones. El profesor no preparó clase. Parece que el nuevo curso lo toma de sorpresa. Para salir del paso, ordena con una voz aprendida de memoria:

—Saquen el cuaderno y escriban con lápiz azul y buena letra, una composición sobre las vacaciones. Mínimo una hoja por lado y lado, sin saltar renglón. Ojo con la ortografía y la puntuación. Tienen cuarenta y cinco minutos. ¿Hay preguntas?

Nadie tiene preguntas. Ni respuestas. Sólo una mano que no obedece órdenes porque viene de vacaciones. Y un cuaderno rayado de cien páginas, que hoy se estrena con el viejo tema de todos los años: «¿Qué hice en mis vacaciones?»

«En mis vacaciones conocí a una sueca. Se llama Frida y vino desde muy lejos a visitar a sus abuelos colombianos. Tiene el



pelo más largo, más liso y más blanco que he conocido. Las cejas y las pestañas también son blancas. Los ojos son de color cielo y, cuando se ríe, se le arruga la nariz. Es un poco más alta que yo, y eso que es un año menor. Es lindísima.

Para venir desde Estocolmo, capital de Suecia, hasta Cartagena, ciudad de Colombia, tuvo que atravesar prácticamente la mitad del mundo. Pasó tres días cambiando de aviones y de horarios. Me contó que en un avión le sirvieron el desayuno a la hora del almuerzo y el almuerzo a la hora de la comida y que luego apagaron las luces del avión para hacer dormir a los pasajeros, porque en el cielo del país por donde volaban era de noche.

Así, de tan lejos, es ella y yo no puedo dejar de pensarla un solo minuto. Cierro los ojos para repasar todos los momentos de estas vacaciones, para volver a pasar la película de Frida por mi cabeza.

Cuando me concentro bien, puedo oír su voz y sus palabras enredando el español. Yo le enseñé a decir camarón con chipichipi, chévere, zapote y otras cosas que no puedo repetir. Ella me enseñó a besar. Fuimos al muelle y me preguntó si había besado a alguien, como en las películas. Yo le dije que sí, para no quedar como un inmaduro, pero

no tenía ni idea y las piernas me temblaban y me puse del color de este papel.

Ella tomó la iniciativa. Me besó. No fue tan difícil como yo creía. Además fue tan rápido que no tuve tiempo de pensar «qué hago», como pasa en el cine, con esos besos larguísimos. Pero fue suficiente para no olvidarla nunca. Nunca jamás, así me pasen muchas cosas de ahora en adelante.

Casi no pudimos estar solos Frida y yo. Siempre estaban mis primas por ahí, con sus risitas y sus secretos, molestando a «los novios». Sólo el último día, para la despedida, nos dejaron en paz. Tuvimos tiempo de comer rápido y de caminar a la orilla del mar, tomados de la mano y sin decir ni una palabra, para que la voz no nos temblara.

Un negrito pasó por la playa vendiendo anillos de carey y compramos uno para cada uno. Alcanzamos a hacer un trato: no quitarnos los anillos hasta el día en que volvamos a encontrarnos. Después aparecieron otra vez las primas y ya no se volvieron a ir. Nos tocó decirnos adiós, como si apenas fuéramos conocidos, para no ir a llorar ahí, delante de todo el mundo.

Ahora está muy lejos. En «*ESTO ES EL COLMO DE LO LEJOS*», ¡en Suecia! y yo ni siquiera puedo imaginarla allá porque no

conozco ni su cuarto ni su casa ni su horario. Seguro está dormida mientras yo escribo aquí, esta composición.

Para mí la vida se divide en dos: antes y después de Frida. No sé cómo pude vivir estos once años de mi vida sin ella. No sé cómo hacer para vivir de ahora en adelante. No existe nadie mejor para mí. Paso revista, una por una, a todas las niñas de mi clase (¿las habrá besado alguien?).

Anoche me dormí llorando y debí llorar en sueños porque la almohada amaneció mojada. Esto de enamorarse es muy duro...».

Levanto la cabeza del cuaderno y me encuentro con los ojos del profesor clavados en los míos.


—A ver, Santiago. Léanos en voz alta lo que escribió tan concentrado.

Y yo empiezo a leer, con una voz automática, la misma composición de todos los años:


«En mis vacaciones no hice nada especial. No salí a ninguna parte, me quedé en la casa, ordené el cuarto, jugué fútbol, leí muchos libros, monté en bicicleta, etcétera, etcétera».

El profesor me mira con una mirada lejana, incrédula, distraída. ¿Será que él también se enamoró en estas vacaciones?





## El día en que no hubo clase



Era domingo en su peor hora. Seis en punto de la tarde. Al otro día, colegio. A Juan Guillermo le empezó un nudo en el estómago. Ahí en su cuarto estaba la maleta intacta, con todos los libros guardados, y las tareas sin hacer.

Había pensado en hacerlas el viernes para salir de «eso», pero luego llegó Pablo y lo invitó a montar en bicicleta.

—Las hago el sábado por la mañana —pensó Juangui, pero el sábado se fue a comprar con la abuela.

—Las hago después —pero después era el cumpleaños de Silvia y después estaba tan cansado que dijo «mejor el domingo por la mañana», pero el domingo se levantó tardísimo y, para completar, daban buenos programas en la televisión y luego le tocó arreglar el cuarto y salir a almorzar y así sucesivamente.

Al final, nunca hubo tiempo de hacer tareas... Era domingo a la peor hora y el nudo en el estómago se enredaba cada vez más.

Entonces, para disimular los nervios, prendió la televisión.

—Sólo un ratito, por saber qué están dando y luego sí empiezo. Total, a esta hora nunca hay buenos programas.

En la pantalla había una especie de mago: un mentalista famoso con turbante en la cabeza y acento extranjero. Doblaba una cuchara con las cejas fruncidas; el típico y viejo truco. La cuchara se dobló. Juan Guillermo, como tantos millones de televidentes, obedeció las órdenes del mentalista. Se fue a la cocina y trajo un tenedor. Hizo todo al pie de la letra. Frunció las cejas y cerró los ojos para sacar la energía magnética del cerebro y doblar las moléculas del tenedor. Nada. El tenedor no se inmutó. Juan Guillermo no pudo terminar su lección de energía magnética porque lo llamaron a comer.

Después de la comida, el mentalista se había ido de la T.V. y en su lugar daban «Guerra de Estrellas». La vio entera y después ya no hubo caso de hacer las tareas porque el sueño le cerraba los ojos.

—Mañana en el paradero le pido a Andrés que me explique la tarea de matemáticas, por si me pasan al tablero.

Con esa idea, se le quitó un poco el nudo del estómago y se durmió profundamente.

Adivinen con quién soñó.... Pues con el mentalista y con sus ejercicios de control mental....

El lunes, a la peor hora: ¡seis en punto de la mañana! sonó puntual el despertador. Juan Guillermo se acomodó entre las cobijas para despedirse del sueño y se despertó una hora más tarde con los gritos de mamá.

—¡Mire que si lo deja el bus, el castigo es para mí porque me toca llevarlo!

Y así fue. Juan Guillermo se tomó el chocolate sin pan ni jugo, se bañó en sesenta segundos, salió con la corbata en una mano y la peineta en la otra y corrió sin parar, pero el bus ya iba en la otra esquina y no pudo alcanzarlo.

Así que volvió a casa, con cara de niño regañado y mamá, furibunda, con la pijama debajo del abrigo, salió rumbo al colegio repitiendo la misma cantaleta reservada para esas ocasiones.

—Que pasara algo y no pudiera llegar —pensó Juan Guillermo y, por pura casualidad, el auto dio tres estornudos y quedó varado entre una fila de autos, en plena calle principal, en plena hora principal.

Mamá se bajó con la pijama asomada debajo del abrigo. Pasó revista a todo el auto, desde las llantas hasta el motor, haciéndose la

que sabía de mecánica pero el auto no se creyó el cuento y siguió paralizado.

—Pobre mamá —pensó Juan. Se veía tan ridícula con su cara de sueño y su pijama debajo del abrigo, que él intentó hacer algo. Se acordó del mentalista y le ordenó a las moléculas del auto que se arreglaran. Por pura casualidad, mamá le dio tres zapatazos a la batería y el auto estornudó tres veces y quedó perfecto. Pero ya era tardísimo y el tráfico estaba imposible.

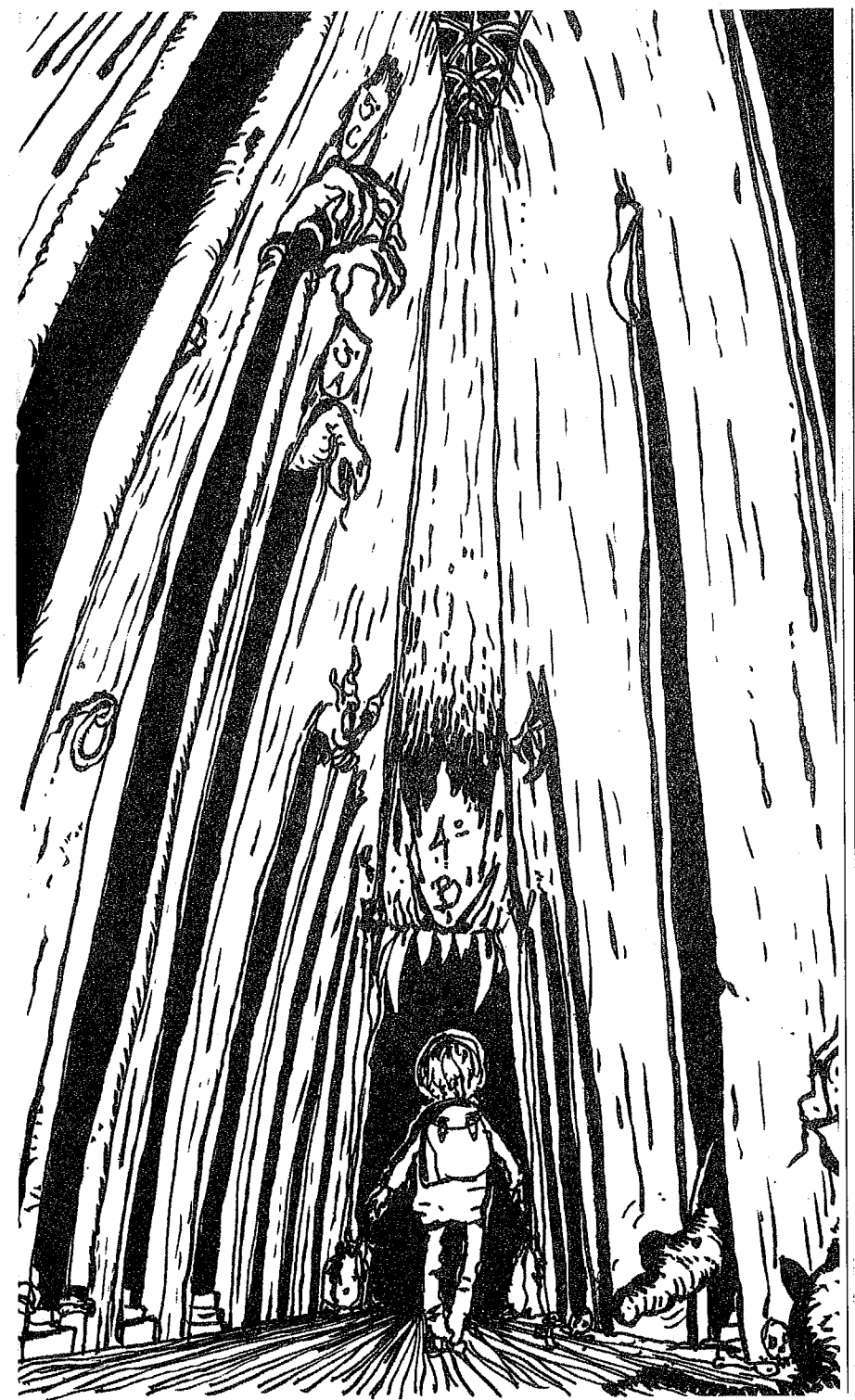
—Llegas porque llegas —dijo mamá y siguió su marcha sin decir una palabra más.

Por fin, ¡a las ocho y veinte minutos! Llegaron a la puerta de hierro del colegio. Juan se bajó sin un beso porque mamá seguía iracunda.

—Qué lunes tan lunes —pensó. Y deseó con todas sus fuerzas que ese día no hubiera clase.

Adentro todo estaba en silencio. El corredor, vacío de niños y las puertas de todos los cursos cerradas. Juan Guillermo avanzó, con el terrible nudo en el estómago, tratando de imaginar una buena disculpa para decirle al profesor.

Por fin llegó a Cuarto «B». A primera hora, matemáticas, le recordó el horario que estaba pegado afuera, y él no había hecho la



tarea, ya sabemos por qué. Juan Guillermo pegó la oreja a la puerta para tratar de oír en qué iba la clase. El corazón le latía durísimo. De resto, no se oía nada. Silencio absoluto. El estómago se le enredó del todo, en un nudo ciego. El silencio era síntoma de lo peor y lo peor era previa sorpresa. Y cero seguro para él.

Con toda la valentía que alcanzó a reunir en su cuerpo, Juan Guillermo Mantilla cerró los ojos, cruzó los dedos, recitó el famoso «Sortilegio para que no haya colegio» y se obligó a entrar a clase, de un empujón... Abrió la puerta y fue como si hubiera dado un salto al vacío. Adentro no había clase. No había profesor ni alumnos. Ni tablero, ni bancos, ni armario, ni carteleras, ni techo, ni piso, ni paredes. Así como suena: *NO HABÍA CLASE*. Detrás de la puerta, nada de nada. Cero absoluto, conjunto vacío. Todo un lunes por delante. ¡Todo un lunes, entero y nuevecito, y no había clase!

## Un árbol terminantemente prohibido

En mi colegio hay muchas cosas terminantemente prohibidas. No se pueden traer radios ni zapatos de colores. Tampoco se pueden usar las medias por debajo de la rodilla ni la falda por encima de la medida. Está prohibido subirse a los árboles, hacer guerra de agua, dejar comida en el plato, pintar en el tablero, leer comics, reírse en clase, etcétera, etcétera.

Pero entre las mil trescientas prohibiciones del reglamento, hay una escrita con mayúsculas y subrayada: NO SE PUEDE TRAER NI COMER NI VENDER NI COMPRAR NI MASCAR CHICLE. Es el peor enemigo de los profesores, quién sabe por qué. Los chocolates, las paletas y toda la familia de los caramelos están permitidos. El chicle no. Y si a uno lo pillan haciendo una bomba o simplemente saboreando con suavidad una insignificante «goma de mascar», le arman un escándalo casi igual al que forman por rajarse en disciplina.

Por eso nos hemos inventado muchas formas de esconder los chicles... Debajo del paladar o del pupitre, detrás de las orejas, a veces en la suela del zapato o en otros escondites que seguro ustedes imaginan, pero que por simple prudencia, es mejor no escribir en esta página (nunca se sabe quién pueda llegar a leer estos cuentos...).

Pues resulta que detrás de la ventana de nuestra clase, en el huerto, había un escondite a prueba de lluvia y de profesores. Allá enterrábamos todos los cauchos de chicle del curso, hasta que un día apareció un arbusto misterioso...

El lunes, cuando Acevedo la descubrió, no medía más de 30 centímetros y sus hojas de color violeta se veían equivocadas en medio de tantas margaritas. El martes, a la hora del recreo, se había convertido en un árbol respetable de un metro y treinta de estatura y el jueves por la tarde ya era mucho más alto que el sauce llorón del patio.

Entonces el profesor de biología llamó al Jardín Botánico y el lunes siguiente llegaron siete sabios a examinar el árbol de pies a cabeza. Hubo muchas discusiones a la hora de clasificarlo. Algunos decían que era una variedad del eucalipto, por el aroma de sus hojas. Otros creían que era un pariente de la



familia de los robles, por la firmeza de su tronco, y no faltó quien se atreviera a confundirlo con una palma africana.

Mientras tanto el árbol seguía creciendo un metro diario sin ponerle atención a los comentarios, hasta que llegó a convertirse en el más grande de América. Lo bueno fue que no hubo clase en toda esa semana. Se armó una discusión interminable y todo el mundo venía a opinar y el director tuvo que trasladarse, con escritorio, teléfonos y secretarías, debajo del árbol, para contestar las preguntas de los noticieros de televisión.

Cuando el árbol superó la talla de todos los árboles del mundo, llegaron científicos, ecologistas, presidentes y periodistas de todas partes. La gente grande estaba feliz diciendo que «ahora sí teníamos en nuestro país el árbol más grande del mundo». Nosotros estábamos todavía más felices porque las raíces del árbol empezaron a crecer entre los salones de primaria. Entonces sólo había clases muy de vez en cuando y todas eran al aire libre.

El colegio fue convirtiéndose poco a poco en la casa del árbol y el rector tuvo que organizar un bazar para construir una nueva sede campestre. En el tronco del árbol pusieron una placa de mármol con letras doradas y el Presidente de la República vino a bautizar-

lo personalmente. Como nadie le sabía el nombre, le inventaron uno larguísimo en latín, que es una lengua muerta. Ese día tampoco hubo clase, con tantos discursos, y varios niños de kinder se desmayaron por aguantar todo el tiempo de pie, al rayo del sol y con uniforme de gala.

Han pasado ya dos años desde entonces y el árbol no ha parado de crecer un solo día. Ahora mide más de trescientos kilómetros y pronto empezará a hacerle cosquillas a las nubes. Dicen los científicos que cuando las nubes se cansen de tantas cosquillas, habrá un aguacero parecido al diluvio universal, pero muchísimo más corto.

Sólo nosotros, los de Quinto «A», sabemos que en vez de agua, lloverán chicles de todas las marcas, colores y tamaños. Y habrá que salir a recogerlos con bolsas, baldes, maletas y maletines, para evitar una inundación.

Al otro día del diluvio, cuando todo el mundo descubra el misterioso origen del árbol de chicle, se va a armar la grande en el colegio. Seguro lloverán castigos, boletines y matrículas condicionales para todos los del curso. Pero a nosotros no nos da miedo... ¿A quién puede importarle un castigo, si es dueño de una fábrica gigante de chicle natural?

## El terror de Sexto «B»

Hace una semana yo era un tipo común y corriente. Digamos que sin problemas. Porque tener matrícula condicional y el año prácticamente perdido no son problemas graves. Ahora sí estoy metido en un lío. Y tengo que contárselo a alguien porque ya no puedo cargar más con este casete prendido en la cabeza dándome vueltas día y noche.

Primero que todo, me presento. Mis amigos me dicen el terror de Sexto «B». Soy especialista en sabotear clases y en hacer todo tipo de bromas pesadas. Hay quienes dicen que soy un líder negativo, pero eso es porque no me conocen de verdad. En el fondo, soy inofensivo y hasta buena gente. O era, por lo menos. El jueves 7 de octubre, todo cambió. Fue en clase de inglés con el profesor Quiroga, alias Porki. Él no necesita mucha presentación. ¿Ustedes ven dibujos animados? Entonces imagínense al Porki de las tiras cómicas con anteojos, vestido de

pañó y treinta años de experiencia. Así, tal cual, es mi profesor de inglés.

Ese jueves, su clase empezó, como de costumbre, con la tortura de pasar al pizarrón. La mirada misteriosa de Porki, recorrió mentalmente los treinta nombres de la lista. Empezó con Acevedo, Acuña, Agudelo, Bonilla, Botero, Calderón y no llamó a ninguno. Era como la ruleta. Siguió bajando despacio para aumentar el suspenso. Presentí su paso por la D, la E, la F, la G y la H. Luego lo vi bajar hacia el final de la lista y me sentí salvado. Pero qué va, falsa alarma. Otra vez arrancó en Zuluaga y su lápiz afilado subió derecho hasta llegar a mi nombre. En él quedaron detenidas sus sinistras pupilas.

—Hernández Sergio, pase al pizarrón con su tarea.

Con el corazón en una mano y el cuaderno en la otra, me paré, sabiendo a lo que iba...

Le entregué el cuaderno cerrado para retrasar su furia.

—No le pedí el cuaderno para mirarle el forro —dijo, con un tono de burla—. Lo que quiero es la tarea.

Haciéndome el bobo, abrí el cuaderno en la página de la tarea o, mejor, en la hoja en blanco, porque no había hecho nada. Él no se demoró ni un segundo en descubrirlo.

—¿Por qué no hizo la tarea, jovencito?

—*Porqui* no entendí, profesor.

Como estaba previsto, todo el curso soltó la carcajada.

—Explíquenme el chiste, que no le veo la gracia —dijo Porki, siguiendo también lo que estaba previsto.

—En serio, profesor... *Porqui* yo no entendí lo de los verbos irregulares.

Hubo otro ataque de risa general y yo estaba feliz en mi papel de payaso. Contraataqué con otro apunte pesado pero Porki no me siguió la cuerda. Estaba en uno de sus peores días y decidió ahorrar tiempo y esfuerzo conmigo. De una, me mandó a la rectoría.

—Déme otra oportunidad. La última oportunidad, se lo juro.

—Yo no puedo hacer más por usted —dijo con voz de víctima.

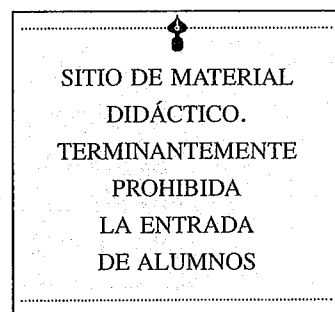
—Tengo matrícula condicional y el rector me advirtió que a la próxima me expulsan —le dije casi arrodillado.

—Ése no es mi problema. Ha debido pensarlo antes. Haga el favor de salir inmediatamente y ni una palabra más.

O sea que no hubo caso. Cerré la puerta del salón y me quedé ahí parado, en una encrucijada terrible. No podía ir a la rectoría porque eso significaba salir derecho a buscar



colegio. Tampoco podía seguir ahí, como un bobo en medio del corredor, esperando a que algún profesor me pillara fuera de clase. Entonces, me fijé en la puerta vecina de Sexto «B», que tenía una terrible advertencia:



La amenaza era en serio. Entrar a ese cuarto era arriesgarse a que a uno le cortaran la cabeza, como en el cuento de Barba Azul. Pero, en ese momento, la puerta prohibida fue mi única tabla de salvación. Preciso ese día estaba sin llave. Moví el picaporte y misteriosamente se abrió. Ahora que lo pienso, era el destino. En un acto de valentía, entré y me agazapé en un rincón de ese horrible depósito. Yo lo había visto mil veces desde mi sala. Es que Sexto «B» tenía una ventana que comunicaba con ese cuarto. Lo llamábamos el acuario porque, con la nariz pegada al vidrio, podíamos ver todos los tesoros empolvados que ahí se guardaban. Pero una cosa era ver el acuario

desde la sala y otra muy distinta era hacer parte de él. Estar ahí, agazapado en la penumbra, rodeado de todos esos objetos sobrecogedores, me helaba la sangre.

De entrada, tropecé con un águila disecada y vi una docena de ratones muertos que nadaban entre frascos de formol. Más allá estaba la calavera, compartiendo estantería con un montón de huesos humanos. ¿Qué más quieren que les diga? Para donde mirara, mis ojos se encontraban con algo cada vez peor: había una familia de insectos clavados en un insectario; un ratón blanco, prisionero entre su jaula; unas láminas de conquistadores que me miraban furibundos desde el más allá; un rollo de mapas de todos los continentes cubiertos con telarañas y, al fondo, cerca a la ventana, el plato fuerte: un esqueleto de tamaño natural.

Ver y decir lo que había allá es una cosa. Respirar ese olor a formol mezclado con moho, es otra muy diferente. El aire empezó a faltarme y me sentí mareado. Pensé que ese cuarto no estaba diseñado para que alguien se escondiera ahí adentro. De hecho, los profesores entraban unos segundos, recogían lo que iban a usar en la clase y salían. Claro, además de morirse del susto, sabían que no había ventilación. El único ventanal,

como ya les dije, limitaba con mi salón y estaba herméticamente sellado. Mi reloj marcaba hasta ahora las ocho y treinta, o sea que faltaba todavía media hora de clase. ¿Sobreviviría media hora más? El corazón, que se me iba a salir de la camisa, y las ganas de vomitar, me decían que no. Lo más seguro era que me encontrarán allí desmayado o, de pronto, hasta muerto. Listo para usar en la clase de anatomía, como todo ese montón de huesos. Cuando me oí con esas palabras entre la cabeza, creí que ya había empezado a delirar. Pero luego lo pensé mejor y me dije a mí mismo: «Reacciona, imbécil. No es para tanto».

O trataba de distraerme, o de verdad me moría. Me arrastré hacia la ventana que comunicaba con Sexto «B» y esa cercanía me hizo sentir mejor. Desde allá, alcanzaba a oír los murmullos de un mundo conocido. La voz de Porki leía las aventuras de Tom and Mary, los protagonistas del libro de inglés, que eran perfectos y vivían unas situaciones aburridísimas, por capítulos. Parecía extraño, pero ese par de imbéciles lograron devolverme un poco de calma. Los minutos empezaron a caminar normalmente y, en medio del peligro, traté de pensar con cabeza fría: la situación estaba controlada. Ningún profesor iba a entrar al depósito porque todos estaban ocu-

padados. Estar en un lugar tan espeluznante, tenebroso y prohibido, era un privilegio. Tenía que aprovecharlo y salir a contarle el cuento a mis amigos. Es más, ya sabiendo que a veces el depósito se quedaba sin llave, iba a organizar una expedición secreta, sólo para los más arriesgados. Yo podía ser el guía.

Me sentí orgulloso de oírme con esos nuevos pensamientos. Había vuelto a ser el mismísimo Terror de Sexto «B», como siempre. El olor fétido había dejado de molestarme y, viéndolo bien, todos los bichos, menos el ratón blanco, estaban disecados. Volví a mirar los tesoros, ya sin tanto miedo y, de repente, mis ojos se fijaron en un detalle fascinante: el esqueleto humano tenía un montón de cuerdas de nylon, casi invisibles. Colgaban de los huesos de las manos, de los pies y de la cabeza como si en lugar de material didáctico, fuera una marioneta macabra, puesta ahí para asustar a alguien. Era insólito. Al mover los hilos, el esqueleto podía levantar sus manos huesudas, chocar las rodillas, o temblar de miedo. El sistema funcionaba como si fuera el invento de un genio malvado.

Era tan divertido el juego, que el poco miedo que me quedaba se me fue quitando. Desde el otro lado de la ventana, Porki seguía con su insoportable lectura. Me alegré de no estar en clase y pensé que Sexto «B» era a veces

más asfixiante que el olor a formol. El esqueleto me apoyó, diciendo que sí con un movimiento de calavera. Entonces se me ocurrió una idea descabellada: decidí que mi marioneta y yo íbamos a participar en clase de inglés, para darle una buena lección al profesor Quiroga.

Con mucho cuidado, senté al esqueleto en un pupitre oxidado que había frente a la ventana de Sexto «B». Esa fue la parte fácil. Lo hice con movimientos muy lentos, mientras el profesor seguía con las gafas metidas entre el libro de inglés. Después me escondí detrás del marco de la ventana, agarrando bien las cuerdas de nylon que movían los huesos del brazo derecho. Todo salió perfecto. El esqueleto quedó sentado, del otro lado del cristal, mirando al profesor sin perder un sólo detalle de la clase. Era el alumno perfecto. Me moría por ver la cara de Porki, pero no me atreví a asomarme. Cualquier descuido podía ser fatal. Había que tener paciencia...Y la tuve, hasta que por fin se terminó la dichosa lectura. El momento de la función había llegado y me preparé como un verdadero titiritero.

—¿Quién no entendió algo? —preguntó Porki.

Moví hacia arriba las cuerdas de nylon y el esqueleto levantó lentamente su mano derecha.



Sólo oí un silencio aterrador y luego un barullo general. Algo había sucedido y quise mirar la escena, pero me quedé inmóvil en mi escondite. Después de unos instantes, volvió a oírse la voz de Quiroga, un poco extraña, como cavernosa. Eso confirmaba que la escena lo había impactado.

—*Any questions?*

De nuevo moví las cuerdas. El esqueleto volvió a levantar su mano huesuda, como si quisiera preguntar algo.

Esta vez no aguanté la curiosidad. Asomé un ojo para mirar a Porki y lo vi lívido y con los ojos aterrorizados. Pero, al cabo de un tiempo pareció recuperarse y pronunció sus palabras preferidas:

—*Open your notebook, please. The homework for tomorrow is...*

Estaba a punto de dictar la tarea cuando volví a concentrarme en mi actuación. Era el momento culminante del espectáculo. Moví las cuerdas de una manera tan perfecta, que el esqueleto volvió a levantar la mano, girándola de un lado a otro para decir adiós. Fue un movimiento muy coordinado y yo ya me estaba sintiendo orgulloso de mi talento para manejar marionetas, cuando oí del otro lado señales de alarma. Todo el curso murmuraba y se sentía una atmósfera de preocupación.

—¿Se siente mal profesor? —oí preguntar a Rodríguez.

—No —dijo Porki, con un hilo de voz—. Les dejo estos minutos libres.

—Y de tarea, ¿qué hay que hacer? —dijo el sapo del Botero.

—*No homework for tomorrow. Time is over* —fueron las últimas palabras que le alcancé a oír.

Hasta mi escondite llegaron los gritos de alegría. A nadie en Sexto «B» le preocupó el extraño comportamiento del profesor Porki. Sólo el esqueleto y yo lo sentimos pasar por nuestra puerta, arrastrando sus zapatos viejos. Cuando los pasos se perdieron, me atreví a salir del depósito y aproveché el desorden general para colarme en el salón como si nada. Adentro había una fiesta completa, con guerra de tiza incluida, para celebrar semejante acontecimiento. Era la primera vez en la historia del colegio que el profesor Porki regalaba tiempo de su clase y no dejaba tarea.

Mis amigos me lo contaron maravillados y yo casi ni los oí. No me atreví a comentar mi última hazaña con nadie. Tenía clavada la mirada aterrorizada de Porki y su voz temblorosa, cuando vio que el esqueleto le decía adiós con la mano. Disimuladamente traté de averiguar por él en otros salones y me dijeron que

no habían tenido clase de inglés, porque el profesor estaba «indispuesto». Desde ese momento, empecé a sospechar que se me había ido la mano. Durante el resto del día casi no abrí la boca ni me hice el chistoso en ninguna clase. Por la noche tuve pesadillas y me desperté temblando de fiebre. Mi mamá me dijo que debía ser un virus y que mejor me quedara en la casa. Yo, por primera vez en mi vida de colegio, me levanté enfermo y fui el primero en llegar al salón. Necesitaba ver a Porki sentado en el escritorio, con su libreta abierta, como cualquier día. Es más: necesitaba ganarme otro cero en el pizarrón. Con eso quedaba tranquilo.

Pero no fue así. Pasó el viernes y volvió el lunes y Porki no fue al colegio. En la mañana del martes, el rector nos hizo formar en el patio, desde kinder hasta primero medio. Tenía una cara larguísima y yo presentí lo que iba a decirnos:

—Los reuní hoy a todos, para darles una noticia muy triste. El profesor Quiroga está en el hospital. El caso es grave. A menos que suceda un milagro... —dijo, con un tono terrible, de sesión solemne. Y siguió diciendo un montón de palabras que yo ya no oí. Desde entonces sólo espero que suceda un milagro y que Porki entre por esta puerta de Sexto «B», como si nada.

Dicen los chismes que él ya no vuelve y que el próximo lunes llega una nueva profesora a reemplazarlo. He oído también que estaba muy enfermo desde hacía tiempos, pero que no había querido decírselo a nadie, para que no le tuvieran lástima ni le pusieran condecoraciones. Supongo que la gente dice esas cosas simplemente por opinar y porque todavía nadie sabe qué fue lo que realmente sucedió. Ustedes, que llegaron al final de esta historia, son los primeros en saberlo.

Si por casualidad saben dónde está Porki, cuéntenle todo. Díganle que era sólo una broma pesada. Que no es para tanto... Que no me haga esto.

## Martes a la quinta hora o la clase de gimnasia

Juliana era gorda, pesada y lenta. Tenía trece años, uno cincuenta de estatura y cincuenta y tantos kilos encima, muchos más de los que su uniforme de gimnasia podía contener.

Por eso los martes al mediodía, deseaba con todas sus fuerzas no haber nacido. O volverse invisible. O vivir lejos, muy lejos del Nuevo Liceo, para no pasar por la tortura de ponerse el uniforme en público, delante de las miradas de sus quince compañeras, mucho más esbeltas que ella.

Eso por no hablar de las otras quince miradas, las de sus compañeros hombres, que siempre se las arreglaban, a esa hora, para espiar por las ventanillas del baño de mujeres.

—Tal vez —pensaba Juliana para consolarse— tal vez a mí ni me miran... Seguro están con los ojos fijos en las bonitas del salón. Por ejemplo, en la creída de la Paula, que siempre se cambia junto a la ventana, preciso en el sitio más visible y luego se hace

la ofendida cuando descubre que la están mirando. Claro... ¡la muy hipócrita!

La tortura de Juliana llevaba varios años y prometía durar muchos más. Había usado ya todas las artimañas, todas las disculpas caseras y todas las excusas médicas para salvarse de la gimnasia. Sufrió intensos dolores de estómago, justo los martes al mediodía. Usó cuello ortopédico sólo los martes a la quinta hora. Le dio fiebre de 38 grados dos martes seguidos y hasta llegó al extremo de romperse un brazo. Ese sí fue su mejor antídoto, porque logró pasar dos meses y medio enyesada. Es decir, diez horas de gimnasia mirando la clase desde las graderías, sin mover un dedo.

Pero tantos años llenos de martes al mediodía, habían terminado por agotar todas las posibilidades de escape. Así que los martes, a la una en punto de la tarde, la clase más cruel de la historia volvía a comenzar.

El profesor llegaba horriblemente puntual, con su ridículo uniforme y su silbato de domador de circo, listo para iniciar la función semanal.

—Piiiiiiii —decía su silbato. Lo que traducido a lenguaje humano significaba: «Hagan inmediatamente una fila por orden de estatura».

—Piiiiiiii —repetía el silbato del domador. Lo que en idioma español quería decir: «Eso no es una fila, señoritas. Tomen distancia lateral».

Después de diez o quince órdenes silbadas, la fila quedaba, por fin, «decente», según las propias palabras del profesor. Entonces seguían, sin variar un milímetro, los terribles ejercicios de calentamiento.

—Y uno y dos, respiren profundo.

—Y uno y dos, flexionen el tronco.

—Y uno y dos, los brazos a la derecha.

—Dije a la derecha, señorita Juliana. Me va a tocar devolverla a kinder, a ver si aprende lateralidad.

Risitas ahogadas de todo el curso. El brillante entrenador usaba sus chistes de circo para hacer reír al público.

—Así es muy fácil ser payaso, a costa del malo de la clase —pensaba Juliana, toda colorada.

Y como en esas pesadillas en las que uno sabe todo lo que sigue pero no puede despertarse, la tortura se repetía paso a paso, siempre idéntica para ella.

—Piiiiii —volvía a trinar el silbato—. Dos vueltas a la cancha, trotando. Muévanse, jovencitas, que esto no es un desfile de modas en el Club Social. Y usted, señorita, no se

quede atrás. Ándele, a ver si quema esos kilitos de más...

Y Juliana trotaba. Y trataba con todas sus fuerzas de no quedarse atrás, pero llegaba última. Lenta, pesada e infeliz, era siempre la última de la fila.

Hasta que ese día, un martes trece de abril, Juliana amaneció distinta. Estaba de malas pulgas. Y sin saber cómo ni de dónde, sacó fuerzas y tomó la decisión más importante de su vida. Por eso no pareció inmutarse con el silbato del profesor en sus oídos y se quedó parada en su sitio durante las treinta veces en que el entrenador trató inútilmente de organizar su dichosa fila con ella ahí atravesada. También sus compañeras intentaron, por todos los medios, hacerla mover, hasta que se dieron por vencidas. Y les tocó trazar una línea recta con Juliana Rueda como único punto de referencia.

El entrenador, desconcertado, hacía sonar su silbato con más fuerza que nunca. Pero era inútil. Juliana no lo escuchaba. Parecía sorda. Entonces, desesperado, empezó a hacer gestos y a mover las manos enfrente de ella, igualito a un policía de tránsito. Pero era inútil. Juliana no lo veía. Parecía ciega.

El profesor llegó a preocuparse. Se puso pálido y se acercó a Juliana a ver si respiraba.





Después le tomó el pulso, para descartar cualquier problema médico. Y cuando vio que todo era normal, se sintió con el derecho de estar más bravo que nunca. Entonces empezaron a salir por su boca todas las burlas y los regaños que les había ido soltando a sus alumnos durante veinte años de experiencia. También eso resultó inútil. Juliana no se puso colorada. Estaba inmóvil e inexpresiva. Parecía de piedra.


Ahora era el profesor el que estaba colorado como un tomate. Colorado y furibundo. Empezó con las amenazas. Primero le anunció un cero en disciplina. Luego lo pensó mejor y decidió expulsarla del colegio, si no recapacitaba inmediatamente. Era su autoridad la que estaba en juego y no estaba dispuesto a tolerar que una mocosa lo pusiera así, en ridículo, delante de toda la clase. Ya iba a saber esa niñita de lo que él era capaz.

Y sí. En los minutos que quedaban de clase, el profesor Pacho Donaire fue capaz de casi todo: gritó, regañó, se lamentó, dijo que necesitaba el trabajo, echó discursos, hizo pataletas, etcétera, etcétera, etcétera. Sólo le faltó llorar.


Por fin sonó la campana y rompió el encantamiento. Juliana dejó de ser estatua, dio media vuelta y empezó a caminar por el

corredor, con rumbo hacia quién sabe dónde. Todas sus compañeras la siguieron en fila, silenciosas y solidarias, como en una procesión. Nadie le dijo una sola palabra pero ella tuvo la sensación de no estar sola. Y también, de repente, se sintió extrañamente liviana.

Ese martes trece de abril, a la quinta hora, se había quitado un peso de encima.



## Saber perder



Esta vez, estaba seguro de ganar. Había entrenado tanto... Se levantaba cuando todos dormían y trotaba hasta que salía el sol. Cincuenta vueltas, o a veces más, a la manzana. Cincuenta flexiones antes del desayuno. Cereal, jugo de naranja y pan integral sin mermelada ni mantequilla. Luego, una ducha fría y quedaba listo. Salía al paradero, tomaba el bus del colegio y empezaba un largo paréntesis en sus días, antes del entrenamiento de natación.

Sólo pensando en el entrenamiento podía soportar la clase de matemáticas, siempre a la primera hora. Y el desfile interminable de las otras materias: español, inglés, sociales, comportamiento y salud, etcétera, etcétera. El colegio era un mal necesario. Lo toleraba apenas como un lugar de paso, como una sala de espera antes de la aventura diaria. La natación, en cambio, era su vida.

Todas las tardes, de cuatro a seis, el resto del mundo quedaba atrás. Y su cuerpo,

liviano y poderoso, se imponía pruebas, superaba obstáculos, batía récords... En el azul de la piscina, él era un héroe y lo sabía. Por eso seguía al pie de la letra todas las instrucciones del entrenador. Por eso aguantaba también sus regaños y sus «tú puedes hacerlo mejor», que a veces le sonaban tan injustos. Una cosa era estar afuera, dando órdenes y otra muy distinta era estar ahí, metido de cabeza entre el agua. Nadando sin parar. De una orilla hasta la otra, una y cien veces. Día tras día.

Valía la pena. Primero fue del equipo de primaria; después representó al colegio en las competencias intercolegiales. Ganó medalla de bronce, pero muchos dijeron que llegaría más lejos. «Tiene enormes posibilidades», decían, y hablaban de él como si fuera un gran deportista. Algunas veces se lo creía. Otras, pensaba que no era para tanto. Según el ánimo, porque había días terribles en los que el mundo se derrumbaba y él no era lo que se dice «un tipo seguro de sí mismo».

Qué va. No era el millonario ni el mejor de la clase. No tenía los músculos de Pinilla, ni la estatura de Garavito. No sabía bailar, nunca le prestaban el auto y escasamente se afeitaba una vez al mes. No tenía novia, se moría del susto. Pero desde que logró ser del equipo, muchas cosas empezaron a cambiar. Sus

compañeros lo miraban con otros ojos. Sobre todo Natalia, que era del equipo de barras. Los ojos de Natalia...

En el fondo, siempre había esperado un milagro. O un golpe de suerte. Y algo le decía que había llegado su hora. Esta vez, en el Campeonato Nacional, estaba seguro de ganar. Había entrenado tanto...

La cuenta regresiva empezó. Primero, faltaba un mes. Luego, quince días. De pronto, sólo una semana. Hasta que por fin llegó la hora. Como llegan todas. Y, cuando se dio cuenta, estaba ahí sentado, temblando de pies a cabeza. Desde el camerino escuchó cómo llegaba la gente. Oyó las barras, los aplausos y los gritos del público. Con gusto habría cambiado todos los entrenamientos, las flexiones y las pruebas de resistencia, por ese instante horrible que le quedaba, antes de entrar a la piscina olímpica. Tenía ganas de salir corriendo. Deseó, con todas sus fuerzas, un terremoto o una bomba atómica. Quería morirse, del miedo que tenía.

Paralizado, oyó que lo llamaban por el parlante, con su nombre y su apellido:

—«Federico Nieto» —anunció una voz en el micrófono.

No había duda de que era él. El mismo Federico Nieto de toda la vida. ¡Qué extraño le sonaba ahora su nombre!



—Suerte, Federico —le dijeron, y unos pasos que no eran suyos salieron del camerino.

Afuera, se encontró con todas esas cabezas, ordenadas en hilera, que llenaban las graderías.

—Imagínate que son un sembrado de lechugas —le había aconsejado el entrenador—. No mires hacia los lados. Concéntrate en la piscina y piensa que estás solo.

Pero él no podía pensar. Nadie puede pensar, delante de tanta gente. Sólo se acordó de Natalia, que estaba ese día con minifalda, en el equipo de barras.

De un salto, se hundió en el agua tibia. El miedo se quedó en la orilla. Y fue sólo un cuerpo luchando a brazo partido contra el reloj y la distancia. Nunca lo hizo mejor que ese día. Sacó fuerzas de cada uno de sus músculos y nadó. Nadó con toda su energía, con toda su rabia, con toda su esperanza. Con sus quince años a cuestas. Nadó como si en esos instantes se estuviera jugando el resto de la vida. Pero no fue suficiente.

Quedó de segundo. Medalla de plata. «Subcampeón Nacional de Natación en la Categoría Junior». Mejor dicho, perdió. Para qué engañarse. Perdió y había entrenado tanto...

Se encerró en el baño. No dejó que lo vieran llorando. No fue a felicitar al campeón.

Él no era un hipócrita. Escuchó, con envidia, los aplausos ajenos y se sintió más derrotado que nadie en el mundo. Afuera, el equipo de barras repetía las mismas canciones idiotas de siempre. Odió esas voces de niñas histéricas pero, sobre todo, odió a Natalia. La odió de tanto que había soñado con ella, de tanto que la había imaginado junto a él, como un campeón.

Poco a poco, las graderías se fueron quedando sin gente y el silencio volvió a instalarse en la piscina olímpica. La cara larga del entrenador apareció en el camerino y Federico se alistó para escuchar su típico sermón:

—Hiciste un excelente trabajo, Federico. Pero hay que saber perder... Es parte del espíritu deportivo.

Saber perder. Sólo eso le faltaba. ¿Quién podía haberse inventado una frase tan ridícula? ¿Acaso alguien lo sabía?


Nada de eso dijo. Sólo escuchó mudo, mientras rumiaba sus pensamientos. Estaba iracundo y quería destrozarlo todo. Fue odioso y terriblemente injusto con sus papás, que se acercaron a consolarlo y que, además, no tenían la culpa. No les permitió ni un abrazo, ni siquiera una palmadita en el hombro. No quiso verlos ni en pintura.

Ya se había hecho de noche cuando se animó a salir. Todo estaba en penumbras.


Afuera lo esperaba una sombra. Era Natalia. Caminaron juntos, arrastrando los pies, a paso de tortuga, sin dirigirse la palabra. No hacía falta llenar el silencio con palabras. Los dos estaban tan cansados...

Tardaron mucho en el camino de regreso a casa. El tiempo necesario para dejar que la tristeza saliera de paseo. No había prisa. No había que madrugar al otro día. Federico se merecía un largo descanso, un fin de semana común y corriente. Dormir hasta tarde. Quizá un desayuno gigante en la cama y una buena dosis de películas en la televisión, sin mover un dedo. Total, ya no tenía que estar en forma. No valía la pena, por ahora.

Después, quién sabe. El lunes, si acaso, o el martes, o el miércoles, ir a hablar con el entrenador y mandarlo al diablo. O pensarlo con cabeza fría, ya sin rabia, y seguir con los entrenamientos. Era una decisión muy difícil. Sí señor, porque posibilidades tenía. Sólo le había faltado un poco de suerte. Unos milímetros de suerte. Y la próxima vez, con Natalia haciéndole barra, todo podía ser diferente. Estaba seguro de ganar. Algún día.



## Un amor demasiado grande



Desde pequeño fue un gigante. La talla más grande de zapatos. El más alto de la fila. El peso pesado del equipo de basketball. Cuando Mauricio se caía, la tierra entera sonaba. Se estremecía con el golpe.

Era exagerado, desproporcionado, colosal... Desocupaba la nevera en cada comida y siempre se quedaba con hambre. Un tipo fuera de lo común. Tenía quince años y no paraba nunca de crecer.

Un día se enamoró. Como un loco. Del todo. Con sus manazas arrancaba las flores del jardín y luego, temblando, las dejaba en la puerta de la casa de Juanita. No se atrevía a poner la cara. No le dirigía la palabra, de tanto amor que le tenía guardado. Sólo le hablaba con los ojos. La miraba de día y de noche. En la clase, ella sentía unos ojos fijos en su espalda. Cuando dormía, también tenía la sensación de que alguien la estaba espiando.

Y era cierto. El gigante se pasaba las horas en frente de su ventana. Detrás del árbol de cerezas, la cuidaba. La acompañaba a hacer tareas. La esperaba a que comiera y le contaba historias para dormir. Cuando Juanita apagaba la luz, él le cantaba serenatas con su enorme voz de tarro. No regresaba a casa hasta que presentía sus sueños. Nunca volvió a hacer tareas ni a entrenar con el equipo. Rara vez alguien se encontraba con él. Era apenas una sombra. Una sombra gigantesca.

Empezó a tener problemas. En el colegio, perdió siete materias. En la casa, nadie sabía dónde pasaba los atardeceres ni las noches heladas. Llegaba tardísimo, con sus enormes pasos de fantasma. Escasamente dormía. Se veía cansado, ausente, en otro mundo. Y era cierto: vivía en el mundo de Juanita. Escondido como un ladrón, detrás de su ventana.

Entonces decidió ponerle fin a ese asunto. Tenía que buscar una forma de hablar con ella. Y justo ahí empezaba el problema. Él era un hombre de pocas palabras. Todavía se ponía colorado cuando le tocaba «participar» en clase. Ni pensar en lo que sería una conversación con Juanita. Quizás podría empezar con una frase común y corriente... Algo así como «Hola, Juanita. Hace un hermoso día»... (¿era eso común y corriente?). Mauricio ensayaba y

dudaba. Y como no tenía experiencia en conversación, se dedicó a la tarea de escuchar lo que decía la gente. Durante todos los recreos, se sentaba estratégicamente al lado de las parejas de novios o de amigos que había en su curso. Parecía un espía, con su cuaderno de notas, listo a atrapar en el aire cualquier frase interesante. Algo que le permitiera romper el hielo. Así coleccionó un montón de diálogos ajenos:

—¿Qué has hecho?

—Nada especial. ¿Y tú?

—Pensarte.

—¿Qué vas a hacer mañana?

—Ni idea. ¿Por qué?

—¿Te gustaría ir al cine?

(...)

Llenó páginas enteras con frases de ese estilo. Pero a la hora de la verdad, ninguna le servía de nada. Le faltaba lo único importante: llenarse de valor y simplemente *HABLAR CON ELLA*. Un día, por fin, se atrevió a saludarla. La esperó en la puerta del colegio hasta que la vio llegar. Con un hilo de voz le alcanzó a decir «Hola, Juanita».

Ella pasó derecho. Quizás ni lo oyó. El mundo se le vino encima. Era un gigante solitario, en medio del barullo de la clase.

Por la tarde, recuperó las fuerzas y la llamó por teléfono.

—Hola —dijo Juanita....

Del otro lado, sólo se oía un silencio enorme.

—¡Hola! —repitió Juanita, en todos los tonos.

Mauricio la escuchó, con el corazón encogido. Trató de decir algo, pero la voz se le había borrado. Ella colgó.

Varias veces repitió su conversación muda, hasta que al fin ella lo insultó.

Pero no se dio por vencido. Para disculparse, le mandó una tarjeta pintada por él. Era la imagen, sin palabras, de un gigante arrodillado frente a una hermosa princesa. Al parecer, no sirvió de nada. Porque la princesa pasó todos los días rodeada de un séquito de amigas, y aunque estuvo a punto de tropezarse con él, nunca lo vio. Por esos días, Mauricio empezó a sospechar que, a pesar de su tamaño, era un hombre invisible.

Fue entonces cuando se le ocurrió la idea más descabellada de todas las ideas: si era invisible y si no le salía la voz, iba a hacer un cartel gigante y Juanita no tendría más remedio que verlo todos los días, meciéndose junto a su ventana. Gastó seis metros de tela y un tarro de pintura roja sólo para decirle:

. . . . .  
 «TE AMO, JUANITA»  
 . . . . .





Nada más, así de simple. Lo difícil vino después. Tenía que colgar el cartel frente a la ventana de ella, entre el poste de la luz y el árbol de cerezas. Mauricio empezó a las once de la noche y lo sorprendió el amanecer, enredado entre un complicado sistema de cuerdas, sudando a pesar del frío y con el alma colgando de un hilo.

—Cómo hace de falta un amigo en momentos así —pensaba Mauricio, sentado en una rama del árbol de cerezas—. Entre dos, esto sería más fácil.

Y mientras trataba de animarse, pensando en la sorpresa que se llevaría Juanita al ver su cartel, una luz de interrogatorio le encandelilló los ojos. Mauricio no sabía quién estaba abajo pero, por el tono de voz, se imaginó que no se trataba de ningún amigo.

—Se ordena al sospechoso bajar del árbol con las manos en alto —le gritaron.

Aunque parecía imposible bajar del árbol, a esa hora y con las manos en alto, Mauricio cumplió la orden al pie de la letra. Abajo lo esperaban dos policías.

—Queda detenido —dijo el más viejo.

—Tiene que acompañarnos a la comisaría —completó el más joven.

A Mauricio sólo se le ocurrió la típica frase de las películas:

—Soy inocente —dijo para comenzar.

Y en realidad fue sólo el comienzo. Porque después lo confesó todo. Habló sin parar durante un largo rato. Aprovechó la oportunidad para contar todos los detalles de su amor atragantado. Los policías lo escucharon de principio a fin. No lo interrumpieron. No le hicieron ninguna pregunta. No le exigieron pruebas.

Por fin, cuando Mauricio terminó su declaración, el policía más viejo recuperó su voz de mando y empezó a dar instrucciones:

—A este muchacho hay que ayudarlo. Rapidito, a movernos, que es para hoy.

Los policías sacaron sus herramientas de la patrulla y se treparon con Mauricio al árbol de cerezas. Lanzaron sogas y escaleras de emergencia hasta el poste de la luz. Estuvieron a punto de resbalarse. Entre los tres lograron coordinar un arriesgado trabajo de equipo. Fue intenso, peligroso y apasionante. Por fin, a las seis en punto de la mañana, la operación «pasacalles» estuvo concluida y un amor exagerado quedó flotando en el aire...

Después de unos minutos, la ciudad se despertó. Todos, absolutamente todos, salieron a admirar el pasacalles más hermoso que jamás existió. Las vecinas murmuraron. Los muchachos le tomaron fotos. Las amigas de

Juanita lo miraron con envidia. El tráfico se puso imposible. Y la fila de curiosos fue aumentando durante todo el día.

Juanita, mientras tanto, con las cortinas cerradas, se agazapaba entre las cobijas y se tapaba los oídos para no escuchar semejante alboroto frente a su ventana. Tenía miedo. Era pequeña y menudita y soñaba, simplemente, con un amigo. Con alguien que la mirara a los ojos y la tomara de las manos y la llevara, si acaso, a comer un helado. Tanto amor la apabullaba. Era demasiado para ella. Tal vez algún día, cuando creciera, se casaría con él. Pero, por ahora, no le interesaba averiguar quién era el que tanto la quería. Un enamorado así le quedaba grande.

## YOLANDA REYES

---

Yolanda Reyes nació en Bucaramanga (Colombia) en 1959. Es licenciada en Educación con especialización en Filología y Literatura de la Universidad Javeriana de Bogotá y realizó estudios en Lengua y Literatura española en Madrid, España. Su trabajo ha estado vinculado desde siempre con programas de animación a la lectura dirigidos a padres, maestros y bibliotecarios. Actualmente dirige Espantapájaros Taller, del cual es también fundadora, proyecto cultural que tiene por objetivo mostrar a los más pequeños el universo de la literatura. Su obra más representativa, *El terror de Sexto «B»* fue publicada por Alfaguara en 1995 y le ha otorgado importantes reconocimientos.

